

¡Y qué! ¿Nadie hay entre nosotros que viendo á su animal de carga caido en un foso, no se apresure á sacarlo? ¿no deberemos, pues, librar tambien á los hijos de Abraham ¹?

¹ Unusquisque vestrum... non solvit bovem suum aut asinum... Hanc autem filiam Abrahae, quam alligavit Satanas... non oportuit solvi à vinculo isto?... Et cum haec diceret erubescerent omnes adversarii ejus. (Luc. XIII, 16).

CUARTA PARTE.

DEGRADACION DE LA FAMILIA EN EUROPA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Causas de la degradacion de la Familia en Europa.

Hemos dejado la familia en Europa, elevada por el Cristianismo á tal grado de perfeccion y felicidad, que es preciso remontarse hasta el paraíso terrestre para encontrar un estado superior. Á fin de demostrarle que era á la Religion, y solo á la Religion que debia esas nobles prerogativas, la hemos tomado de la mano, y, paseándola de uno al otro extremo del mundo, la hemos enseñado lo que era aun en todas las naciones privadas de la luz del Evangelio. Nuestro viaje está terminado: entramos de nuevo en Europa. Un triste espectáculo va á presentarse á nuestros ojos; la familia degenerada. El oro puro pierde su brillo; se aja la belleza de la hija de Sion. ¿Qué funestas causas han producido cambio tan triste para el presente y tan alarmante para el porvenir? Desde luego hallamos tres que dominan y reasumen todas las otras: la relajacion de la antigua fe, la invasion del Paganismo en la educacion, y el Protestantismo y las doctrinas que son su consecuencia.

La autoridad tutelar de la Iglesia romana acababa de recibir un vivo golpe. El gran cisma de Occidente habia introducido la incertidumbre entre los pueblos, sugerido pensamientos de ambicion en el corazon de los reyes, entregado la autoridad pontifical al menosprecio, y sus sagrados derechos á la discusion. Durante el largo eclipse del astro bienhechor que hasta entonces habia dirigido su marcha de una manera tan constante y segura, las naciones de Europa se extraviaron en su camino. Nubes de sectarios, mas peligrosos unos que otros, habian precipitado en la senda del error á

una parte de los pueblos septentrionales. El concilio de Constantza cicatrizó un poco la llaga, es cierto; pero el gérmen del mal quedó vivo y emponzoñado. Una vaga inquietud, prelude ordinario de grandes crisis, trabajaba la sociedad y resonaba en el corazón de la familia.

Sin embargo, la Providencia, que quería contener á la Europa en la pendiente del abismo, nada descuidó para desvanecer el vértigo que la perturbaba. Los tesoros de la misericordia habian dado grandes Santos á la tierra. A su voz volvieron al redil una multitud de ovejas. El Francisco Javier del siglo XV, san Vicente Ferrer, habia cerrado la boca á la herejía y purificado las costumbres. Esa nube bienhechora, impulsada por el soplo divino, habia recorrido el mundo por espacio de cuarenta años, derramando el fecundo rocío de la virtud y de la fe. Al mismo tiempo, numerosas instituciones, hijas del Catolicismo, abrian el seno de la tierra y preparaban una abundante cosecha. La por tanto tiempo deseada union de griegos y latinos fue firmada en el concilio de Florencia. El sublime proyecto de una liga universal contra la Puerta Otomana que amenazaba el Oriente, era una muy útil distraccion para las querellas interiores, y dominaba la peligrosa fiebre de las ambiciones particulares: parecia reservado á la familia y á la sociedad un nuevo porvenir de ventura y de paz.

Pero no, Israel rehusa aprovecharse de la visita de su libertador. Espíritus soberbios fomentan la rebelion y crean dificultades; se abusa de la gracia; se llena la medida; y la antigua capital del imperio romano, Constantinopla, cae á los golpes de Mahomet II. ¿Quién es capaz de pintar la desastrosa influencia de los bizantinos fugitivos sobre la vieja Europa?

Perseguidos por el bárbaro vencedor, los griegos, tristes restos de una nacion dispersa por haber quebrantado los lazos de la unidad católica, vienen á buscar un asilo en Occidente. En su bagaje de proscritos traen las obras de los filósofos, de los poetas, de los historiadores paganos, sus antiguos compatriotas. Hacen mas aun; vienen poseidos por sus grandes hombres de una admiracion exclusiva, de un entusiasmo cuya exageracion llega á lo sublime del ridículo.

Á fin de pagar su bienvenida, se ponen á explicarlos. Segun ellos la Europa nada ha conocido hasta entonces, ni de filosofía, ni de

poesía, ni de elocuencia, ni de bellas artes. «Bárbaro, instrúyete; no busques tus modelos, tus asuntos, tus inspiraciones, en tus grandes hombres, en tus anales, en tu religion. Roma pagana, la Grecia pagana, pueden ofrecerte solo, en todos los géneros, obras maestras dignas de tus meditaciones. Allí estuvo el monopolio del genio, del saber, de la elocuencia; allí estuvieron los hombres que tú debes imitar, pero que jamás igualarás: tu gloria estará en aproximarte á ellos.» Hé aquí lo que se dijo y repitió en todos los tonos por los recién llegados y sus discípulos.

Una multitud de cabezas ligeras, amigas de la novedad, y enemigas del Catolicismo, se ponen al frente de ese movimiento, y lo empujan con toda la fuerza de su palabra y actividad. Aristóteles y Platon reinaron en todas las escuelas. Homero, Demóstenes, Virgilio, Ciceron, Horacio, fueron los modelos exclusivos de la elocuencia y la poesía. Entonces se verificó una reaccion fatal. Fue olvidado el espiritualismo cristiano, despreciado, detestado; y el sensualismo pagano se derramó en abundancia de los labios del orador, del pincel del pintor, de la lira del poeta y del cincel del escultor. Inundó á la Europa, y sus corrompidas aguas ahogaron muy luego á la familia. En lugar del Evangelio, de los Salmos, de las leyendas de los Mártires y los Santos, en lugar de todas esas obras serias tan recomendadas por los Padres, que habian dado á la familia cristiana esa pureza de fe y ese vigor de costumbres, que eran su gloria, el niño católico fue educado en las fábulas de la mitología. Los nombres de los dioses y de las diosas, de los héroes y de las heroínas de Atenas y Roma, estuvieron en sus labios cuási tan pronto como los de Jesús y María, y con mucha mas frecuencia que los de Pedro y Pablo.

Fuera del hogar doméstico, el niño no oia en los colegios y universidades sino eternos elogios del Paganismo. Su historia, sus constituciones políticas, sus leyes, su filosofía, su literatura, sus sábios, sus generales, sus grandes hombres, fueron presentados á su jóven y ardiente imaginacion como los tipos de lo perfecto, de lo bello y de lo sublime, como las columnas de Hércules de la inteligencia humana. Las glorias del Cristianismo fueron pasadas en silencio, ó no ocuparon en la educacion mas que el segundo puesto, esto es, el último en la admiracion de la juventud. Despues de la enseñanza pagana, la religion de los sentidos in-

vadió la Europa espiritualizada por el Cristianismo. Las estatuas de Júpiter, de Juno, de los dioses y semidioses sustituyeron en los grandes palacios á las imágenes de Jesús y María y á las de los Santos. Poco á poco descendieron á las plazas de las ciudades, á los jardines, obligando al pudor á bajar los ojos y dando á la lubricidad funestas lecciones. Y en vez de esas santas y cándidas estatuas de la Virgen y de los antiguos patronos de la Europa católica, vision consoladora de un mundo superior, el niño no pudo salir de la casa de su padre sin encontrarse con imágenes que rebajaban su espíritu y su corazón hácia la tierra y los sentidos.

Traducido en las artes, el sensualismo pagano lo fue muy pronto también en los libros. Entonces fué ¡cosa digna de atención! cuando se publicaron por primera vez esas numerosas obras contrarias á las buenas costumbres, de que la edad media ignoró hasta la posibilidad, y cuyo mortal veneno debía con el tiempo infiltrarse hasta en el corazón de la familia y de la sociedad, para hacerlas espirar entre las convulsiones de la anarquía.

A esta tan activa causa de decadencia unióse una mas directa, aunque vino á acelerar el mal. Elevando el matrimonio, esto es, el acto constitutivo de la sociedad doméstica, á la dignidad de Sacramento, Nuestro Señor Jesucristo habia espiritualizado la familia, y por medio de ella á la sociedad. Pero hé aquí que un hombre, fogoso apóstol del desenfreno, un hombre que habia sabido asimilarse todas las pasiones que rugian en las almas, vino á proclamar á la faz de la Europa que el matrimonio no era un Sacramento. Se dió el golpe de muerte á la familia cristiana. Reducido á la naturaleza de un contrato puramente civil, el acto augusto que une los esposos santificándolos, queda despojado de toda su dignidad. El sensualismo reaparece, y la familia retrograda hasta al Paganismo. Hé aquí, sin embargo, lo que Lutero llamaba reformar la Iglesia y la sociedad.

Arrastrado por la fuerza de ese primer principio, el pretendido reformador no tardó en ocasionar nuevas ruinas. Despues de haber quitado al matrimonio cristiano su sublime carácter de santidad y de alta moralidad, atacó la unidad divina que constituye toda su fuerza y ventura. Consultado sobre la poligamia, no dudó en formular la siguiente declaración: «Hé aquí, dice, lo que debe pedir el príncipe al bigamo: ¿Has obedecido á tu conciencia

«ó á la palabra de Dios? Si contesta: He obedecido á Carlstadt ó á «cualquier otro, el príncipe nada tiene que objetarle; porque no «es él quien puede turbar ó calmar la conciencia de ese hombre, «ó decidir en una materia de la exclusiva competencia de aquel á «quien, segun Zacarias, ha sido dado el explicar la ley divina. «Respecto á mí, os confesaré que no sé cómo impediria la poli- «gamia: en todos los libros sagrados no hay una sola palabra con- «tra los que se casan con muchas mujeres á la vez¹; pero muchas «cosas hay permitidas que no seria decente practicar, y en este «número está la poligamia².»

No siendo la unidad conyugal mas que cuestion de conveniencia, Lutero derribó pronto en una solemne ocasion este último obstáculo á la poligamia. Felipe, landgrave de Hesse, príncipe libertino, y ardiente partidario por tanto del fraile de Witemberg, quiere desposarse con dos mujeres á la vez. Le contiene la vergüenza, y participa sus escrúpulos al jefe de la nueva religion. Lutero llama en su auxilio á Melancton y varios otros teólogos de su secta; y todos esos doctores *evangelicos* deciden que el Príncipe puede tener dos mujeres á la vez. Esta increíble consulta, que marca el punto preciso de la degradacion conyugal en los tiempos modernos, quedará como padron de ignominia para la Reforma. Ella se compone de 24 artículos; el 21 está concebido en estos términos: «Si V. A. está decidido á desposarse con una segunda mujer, consideramos que debe hacerlo en secreto, como lo hemos dicho ya con motivo de la dispensa que solicitaba, esto es, que solo tengan conocimiento de ello la mujer con quien se case y las «personas mas indispensables, á quienes debe obligarse á guardar secreto bajo el sello de la confesion. No hay así que temer «escándalo ni contradiccion..., y aun cuando el pueblo se escandalizara, las personas ilustradas dudarian siempre de la verdad «del hecho. Tampoco se debe preocupar mucho del qué dirán, con «tal que la conciencia esté tranquila. Así es como nosotros lo aprobamos. Vuestra Alteza tiene, pues, en este escrito, no solo la «aprobacion de todos nosotros, en todos los casos de necesidad,

¹ Impudente mentira.

² Ego sane fateor nec non posse prohibere si quis plures velit uxores ducere, nec repugnat sacris litteris. 13 de enero de 1542. (*Vida de Lutero*, por Mr. Audin, t. II, pág. 208).

«sobre cuanto V. A. desee, sino tambien las reflexiones con que «la acompañamos.»

Esta consulta está firmada por Lutero, P. Melancthon, M. Bucer, Ant. Corvin, Adam, J. Leningen, J. Vinfert, D. Melanther, esto es, por todas las glorias de la Reforma en esa época ¹.

Este fue, desde la predicacion del Evangelio, el primer ejemplo de poligamia *solemnemente* autorizado en los pueblos cristianos. Hijo de la poligamia, el divorcio no podia tardar en aparecer en el mundo protestante. Tímido al principio, y como avergonzado de sí propio, verémos levantar luego á ese mónstruo, destructor de la familia, su hedionda cabeza, y hacer inscribir su nombre en los códigos europeos.

No contento con hundir de nuevo á la familia en la abyeccion pagana, Lutero declama con violencia contra todas las leyes protectoras de la mujer, que es su alma y su gloria. Niega las concepciones, que en su admirable solicitud por el ser débil, habia hecho la Iglesia al matrimonio. Censura y condena la virginidad, que habia hecho de la mujer un ángel y un objeto de veneracion. Los votos monásticos, barreras sagradas con que el Cristianismo habia circunvalado los asilos de la inocencia, los rompe brusca y violentamente ². ¿Qué mas le faltaba sino confirmar su doctrina con su ejemplo? Y hé aquí que en el arrebató de sus pasiones, el padre de la Reforma no se avergüenza de robar una religiosa y contraer un pretendido matrimonio con ella. Ese horrible escándalo dado á la faz de la Europa abrió la puerta á excesos desconocidos hasta entonces en las naciones cristianas ³. No solo llevó Lutero su cinismo hasta el punto de justificar su crimen por numerosas apologias, sino que lo tuvo á honra y gloria. «Al diablo con «tus escrúpulos de escándalo, escribia á Venceslao Link, y vi- «va el Señor; yo pertenezco á Bora, héme aquí muerto para el «mundo ⁴.»

Lo que excede todos los límites, es que escribió una carta al cardenal arzobispo de Magdeburgo, invitándole á seguir su conducta, y manifestándole el grande ejemplo que daria al mundo, él, que

¹ *Vida de Lutero*, t. II, pág. 312. Bossuet, *Hist. de las Variac.* t. I, p. 289.

² Ved, si teneis valor, su libelo *contra el celibato*.

³ *Vida de Lutero* por Mr. Audin, t. II, pág. 200.

⁴ Tom. II, Ep. pág. 233, edit. de Wittemb. Seckendorf, lib. I, p. 63, § 182.

tan alto estaba, y á quien Dios habia concedido el don de la castidad, si se casaba públicamente. «¿No ha dicho Dios en el Génesis, le escribia, que el hombre debe tener una compañera?... A «menos de un milagro Dios no puede transformar el hombre en «ángel. ¿Qué contestarás el dia del juicio cuando Dios te diga: «yo te habia creado para que no estuvieses solo y no te privases «de una compañera; dónde está tu mujer, Alberto?»

El Cardenal no contestó. Lutero se vengó por un raudal de injurias difíciles de traducir: «Anda, verdugo de Cardenal, le dijo, «pícaro criado, cabeza vacía, religioso obstinado, papista de Sa- «tanás, perro rabioso, viejo malvado, gusano vil que huellas con «tus bordados la cámara de su majestad imperial. Te se debia ha- «ber ahorcado ya, cazador de p... hijo de Cain, á quien Lutero «quiere dar un dia de carnaval; prepárate á bailar ¹.»

Los principales jefes de la Reforma, la mayor parte frailes apóstatas como Lutero, minaban activamente las bases de la familia. En sus escritos y costumbres procuraban sobrepujar á su maestro, cosa por cierto nada fácil. Munzer predicaba altamente la poligamia ². El viejo Carlstadt, que se encuentra donde quiera que haya escándalo, reconvenia á Lutero por su pretendida timidez en esta cuestion: «¿Por qué, pues, le escribia, al hablar de los vo- «tos monásticos que tú no encuentras en tu biblia, has dicho que «se podia, sin faltar á la conciencia, romper las cadenas que el «Espíritu Santo no imponia? Puesto que no has hallado texto, ni «yo tampoco, en los Libros santos, contra la bigamia, seamos bí- «gamos, trigamos, y tengamos tantas mujeres cuantas podamos «mantener. Creced y multiplicaos; ¿lo oyes? Deja, pues, cumplir «la orden del cielo ³.»

Todos practicaban, en fin, tan desvergonzadamente las lecciones de su jefe, que su vida era una perpétua orgia. De ahí estas palabras tan conocidas de Erasmo, que se hallaba entonces en Alemania: «En otro tiempo, dice, se abandonaba la mujer por «amor al Evangelio; hoy se dice que el Evangelio florece, cuan- «do un fraile ha conseguido casarse con una mujer bien dotada ⁴.»

¹ Vol. IV. Jenae, fol. 326, ap. Luth., et fol. 360.

² *Ibidem*, t. II, pág. 232.

³ *Ibidem*, pág. 209.

⁴ Nunc floret Evangelium, si pauci ducant uxores bene dotatas... Amant

Principios y ejemplos tan favorables á las pasiones no tardaron en dar sus frutos. Enrique VIII consagró todas las doctrinas alemanas relativas á la sociedad conyugal, sentando la poligamia y el divorcio en su trono manchado de sangre.

La sociedad doméstica estaba quebrantada ya, hasta en sus fundamentos. La santidad, la unidad, la indisolubilidad, todos estos augustos caracteres devueltos por el Cristianismo al matrimonio, fueron atacados, despreciados, negados. Sin embargo, todavía las costumbres públicas oponian una valla al torrente que amenazaba arrastrarlo todo. Pero pronto se presentaron hombres que derribaron el dique, y desencadenado el torrente pudo derramar sus súcías aguas por toda la superficie de Europa, é infiltrarlas hasta en las entrañas de la sociedad.

CAPÍTULO II.

Continuacion del precedente. — Los filósofos.

Toda doctrina que se presenta desde luego en fórmula religiosa ó teológica, cae, segun una ley inmutable, bajo el exámen de la razon que la estudia, la discute, la penetra, y se esfuerza en reducirla á sistema. Así tambien numerosos comentadores examinaron al punto el texto protestante. Los filósofos modernos, alemanes, ingleses y franceses, reprodujeron bajo todas las formas los axiomas evangélicos sobre la familia, y dedujeron de ella hasta las últimas consecuencias. No ojearemos esas páginas ni fatigaremos el espíritu del lector con la reproduccion circunstanciada de sus teorías. Hay museos en los cuales un hombre honrado se negará siempre á servir de Cicerone. Baste saber que nada han escrito los filósofos paganos, incluso Platon, de mas inmoral, ni de mas contrario á la unidad, á la santidad é indisolubilidad del matrimonio, á la autoridad paternal, á la dignidad de la mujer y de los hijos, como los lógicos del Protestantismo. Collins, Bolinbroke, Tindal, Toussaint, Bayle, Voltaire, Rousseau y tantos otros, vuestros reprobados nombres inspiran nuevo horror, cuando se conocen vuestros sacrílegos ataques contra una de las mas sagradas cosas de este mundo, contra la familia.

Sin embargo, para que no se nos acuse de calumniadores, deviaticum et uxorem, caetera pili non faciunt. (*Epist. Erasm. pag. 637-768*).

mos una ligera idea de sus doctrinas. No solo han negado el Sacramento que hace del matrimonio un acto religioso, para rebajarlo al innoble nivel de un contrato de compra y venta. Temiendo que la santidad de la union conyugal no fuese aun demasiado respetada, han censurado el uso del juramento que la confirma. Han justificado los matrimonios clandestinos, origen de vergonzosos desórdenes y divisiones en las familias. Han dicho que el concubinaje nada tenia de reprehensible, con tal que fuese duradero. Sentimentalizando despues la moral, han sostenido que una union formada por la inclinacion era mas pura, mas santa, mas estimable, que la que solo está cimentada en la necesidad. Dicen que la abolicion del divorcio es la causa de los sinsabores y desórdenes que reinan en el matrimonio. Algunos quisieran, como el divino Platon, que las mujeres fuesen comunes; otros creen que la poligamia es solo cuestion de cálculo¹. Hé aquí sus principios respecto á la constitucion doméstica. Preguntamos ahora: ¿se habian dado jamás, desde los filósofos paganos, golpes tan rudos y repetidos á la santidad de la union conyugal, y por consiguiente á las costumbres públicas?

Pero no bastaba á la filosofía corromper á la familia en general. Digna hija del Protestantismo, se encarniza en degradar á cada uno de sus miembros. Así como los jefes de la Reforma, los filósofos están unánimes en atacar la virginidad. Se diria que no pueden descansar ni dormir, mientras que esta corona de gloria orne la frente de una mujer é inspire respeto hasta al mismo crimen. Ya lanzan torrentes de injurias contra los conventos, *sepulcros vivos inventados por la tiranía política y la codicia paternal*; ya lamentan ese estado que da compasion; ya os presentan el ayuno, el silencio, la oracion, la soledad, devorando implacablemente á millares de inocentes víctimas, destinadas á ser la alegría de su familia, y el orgullo de la sociedad². Despues tirando la máscara, se dirigen á la mujer, y le enseñan que el pudor no es mas que una cualidad propia de la buena educacion³; que la castidad y la continencia

¹ *Diet. fil. Amor socrático. Del espíritu, t. I, discurso 2, c. 4. Del hombre, t. I, sec. 2, c. 7 y 18. Las costumbres, 2.ª parte, c. 3, art. I, § 1; c. 4, art. I. Cartas persas, 112. Cristianismo descubierto, p. 200. Contrato social, 3.ª parte, c. 10. Del hombre, t. II, sec. 8, pág. 410-412, etc.*

² *Cuadro de los Santos, c. 9, pág. 149.*

³ *Las Costumbres, 2.ª parte, c. 1, art. 3.*